

CHAMPENU.

¡Qué desgracia! Encontrar ya una novia como llovida del cielo!; aunque no es ella lo que más me incomoda, sino ese maldito Vendimiér. Han hecho bien en borrarlo del Almanaque; pero debían haberlo hecho antes.... ¿Y qué no se podría con una buena profecía.... ¿Dígame usted madrina, usted que visita señoronas y que conoce á los Ministros....

CAROLINA.

(Escribiendo.) Déjame.

CHAMPENU.

¡Qué siniestro es el destino para los pobres! Estoy cierto de que si tuviera yo mucho dinero, conseguiría que Vendimiér cayera en enero como marzo en Cuaresma.

CAROLINA.

Toma, busca á Yordy y entrégale esta carta para que venga al instante á traerme él mismo la respuesta. Aprisa, corre, ¿no lo oyes?

CHAMPENU.

(Sin moverse.) Sí, madrina.... ya corro... ¿Pero está usted bien segura de que Eduardo....?

CAROLINA.

(Con enfado.) Vete pronto. (Váse Champenú.)

ESCENA VI

CAROLINA, Y A POCO EDUARDO
CON AVIOS DE CAZA.

CAROLINA.

¡Pobre muchacho! ¿Qué no querría casarse? (Se oye un tiro de escopeta.) ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

EDUARDO.

(Dentro.) ¡Trae, trae, majadero! ¡Jesús! Mi madrina! (Sale: pone la escopeta junto á la ventana.)

CAROLINA.

Sí, señor; yo soy, y estoy muy disgustada con usted, muy enfadada. ¡Asustarme de ese modo!

EDUARDO.

Perdone usted, madrina.... creía que todavía estaba usted durmiendo.

CAROLINA.

¿Y por eso dispara usted su escopeta casi en mi mismo aposento?

EDUARDO.

No hay duda que hice mal; pero es tan difícil contenerse á la vista de una codorniz, que...

CAROLINA.

¡Maldita caza! ¡Diversión más tonta! Y por lo mismo que á mí me enfada ha de estar usted todo el día con la escopeta al hombro.... Vaya, es preciso que estos hombres tengan muy mal corazón para entretenerse en matar unos pobres animales que ningún daño les han hecho! ¿No sería mejor que se estuviesen en casa y se entretuvieran de cualquier otro modo? Pero no señor, lo que importa es cazar desde que amanece, y más que para ello haya que estropear todo mi parque y que hollar mis pobres camelias, unas flores que estaban reservadas para mi propio adorno.

EDUARDO.

¡Válgate Dios! ¿Y yo he hecho todo eso?

CAROLINA.

Sí, señor, y sepa usted que no me ha caído en gracia.... Vamos, ¿qué hace usted con los ojos bajos, y tan callado? ¿Qué dice usted? ¿Qué responde usted?

EDUARDO.

¿Qué?... que lo siento mucho.... y que.... Pero crea usted madrina, que ninguna falta le harán á usted las tales flores para parecer bonita.

CAROLINA.

¡Buena excusa! ¿Piensa usted satisfacerme con semejante insulsez? Pues ya sabe usted que no

me gustan las adulaciones, en particular cuando estoy enfadada. De todos modos, repito que me enojaré de veras si vuelve usted á correr en el bosque contra mi voluntad.... Vea usted el estado en que se halla.... Estropearse y fatigarse así.... Vaya, tome usted este pañuelo y límpiese el sudor.

EDUARDO.

¡Ah! (Toma el pañuelo y lo besa.)

CAROLINA.

(Quitándoselo con violencia.) No le daba yo á usted el pañuelo para eso.... Y no puedo permitir por cierto, semejantes libertades. Abusa usted de mi bondad, Eduardo. Pero pase por esta vez con tal que no vuelva á suceder.

EDUARDO.

¡Ah! ¡Madrina! Conozco todo lo que debo á usted; sólo tengo un sentimiento, y es, que no se me presenta ocasión de manifestar á usted mi gratitud: así, le protesto á usted que el mejor día de mi vida será aquel en que me haga matar por usted.

CAROLINA.

¡Qué desatino....! Y eso me recuerda, Eduardo, que te debo todavía otro regaño.... Verdad es que no hago otra cosa en todo el día. Dime, ¿qué disputa fué la que tuviste poco antes que yo viniera, con Agata Nerval y con su hermano?

EDUARDO.

¡Cómo, madrina! usted sabe....

CAROLINA.

Con su hermano, pase, es un presumido que no puedo sufrir; pero ella es una joven muy bonita; y á tu edad, Eduardo, no debe uno disputar con las jóvenes que son bonitas; porque ese es un modo indirecto de empezar á enamorarlas: te lo digo porque tengo más experiencia que tú, y....

EDUARDO.

Si la cosa hubiera sido sólo conmigo, nada les hubiera dicho; pero como era á usted á quien ofendían....

CAROLINA.

¿A mí! ¿Y qué podían decir?

EDUARDO.

Decían.... Decían.... Mil horrores.

CAROLINA.

Pero, ¿qué horrores eran estos?

EDUARDO.

¿Qué? Que iba usted á casarse segunda vez.

CAROLINA.

¡De veras! ¿Y qué mal hay en eso, ni qué te importa á tí? ¿No soy libre? ¿No puedo hacer lo que más me convenga?

EDUARDO.

Eso es lo que dije precisamente, añadiendo sólo, que nadie era digno de la mano de usted, porque era usted la más linda de todas las mujeres, con lo que se encolerizó tanto Agata Nerval, que hubo un momento en que tratándome como un chiquillo de la escuela levantó casi la mano para mí.

CAROLINA.

(Riéndose.) ¡Qué lance tan gracioso!

EDUARDO.

Nada tuvo de gracioso, madrina.... porque en fin, si me hubiera dado un bofetón, era un compromiso del diablo.... Y á fe mía que ignoro lo que hubiera debido hacer en tal caso, madrina. ¿Qué hubiera debido hacer?

CAROLINA.

¿Qué sé yo?

EDUARDO.

A usted le toca aconsejarme, sin embargo.

CAROLINA.

Escucha: si hubiera sido un hombre, no hay necesidad de decirte lo que hubieras debido hacer; pero cuando es una mujer la que insulta.... y sobre todo, si es bonita.... entonces no hay más que un género de satisfacción que se pueda exigir de ella.

EDUARDO.

¿Cuál?

CAROLINA.

Un abrazo, ó cosa así.

EDUARDO.

Gracias, madrina. (Aparte.) No olvidaré el consejo.

CAROLINA.

Pero ahora, toma esa silla y escucha, porque tengo que hablarte seriamente de cosas importantes. (Ella va á sentarse cerca de la mesa redonda á la derecha. Eduardo toma una silla y se sienta cerca de Carolina á la izquierda.)

EDUARDO.

Diga usted.... ya escuchó.

CAROLINA.

Eduardo, ya tienes diecinueve años, ya eres, como quien dice, un hombre: de ahí que háya yo formado, para tu futura felicidad, cierto proyecto, de que no te hablaré hasta que Yordy te haya dado parte de él, pues que al cabo de Yordy depende su éxito.

EDUARDO.

¿De Yordy? ¿Del administrador, con quien siempre estoy disputando?

CAROLINA.

Creo que hoy estarás de acuerdo con él.... él

te explicará luego mis intenciones precisas y formales.

EDUARDO.

¡Dios mío!, ¡qué misterio!

CAROLINA.

Ellas van á imponerte nuevas obligaciones, de quien tendrás en adelante que dar cuenta de tu conducta: será necesario que trabajes asiduo en acrecentar tu fortuna, y que no imites á esos jóvenes ociosos, á esos botarates vacíos, cuya única ocupación consiste en acicalarse, y que se pavonean en nuestras sociedades con las modas más ridículas!... ¡Ay!, ¡qué bonita corbata tienes!

EDUARDO.

La compré ayer.

CAROLINA.

Te sienta perfectamente; estás muy bien así.

EDUARDO.

Se lo parece á usted.

CAROLINA.

¡Miren el presumido!

EDUARDO.

¿Yo, madrina?

CAROLINA.

Sí, es muy linda, aunque me agradecería más

con una cenefa más angosta, como las he visto en la calle de Richelieu en casa de Burthi. Iremos juntos á comprar corbatas cuando regresemos de París. Y como te decía, un hombre inútil puede ser acogido con política en la sociedad, pero nunca será con razón en ella ni apreciado ni apreciable. Por lo tanto, es necesario que empieces por escoger estado.

EDUARDO.

Ya lo tengo elegido, seré soldado cómo mi padre.

CAROLINA

Serás oficial, yo me encargo de ello... y es menester que escojamos un regimiento que tenga bonito uniforme.

EDUARDO.

Poco importa eso.

CAROLINA.

El de los lanceros, por ejemplo, te iría perfectamente. Sólo los bigotes me disgustan... ¿tendrás bigotes?

EDUARDO.

Como usted quiera, madrina.

CAROLINA.

Aunque si no son muy grandes... Me parece verte ya montado en un buen caballo alazán...

EDUARDO.

Si, con sable en mano, y en medio del combate, ganando mis charreteras de capitán, para ganar en seguida las de coronel: porque juro á usted que llevaría un día charreteras de coronel... á menos que una bala de cañón... (Se levanta.) ¿Y qué importa...? por mi madrina se puede afrontar todo género de peligros, y capitán ó coronel, mi último suspiro será... por mi madrina.

CAROLINA.

(Se levanta.) No, no: y yo que olvidaba que en la guerra le podían matar á uno... Prefiero otra profesión menos arriesgada... la de legista, por ejemplo, ó la de agente de negocios, en las que no hay más riesgo que correr que el de enriquecerse.

EDUARDO.

Pues yo no las prefiero.

CAROLINA.

Qué tono es ese, niño. ¿Ha olvidado usted que yo soy aquí la que mando?

EDUARDO.

No, señora; pero á mí no me gustan los negocios, no quiero parecerme á Yordy, á quien no puedo sufrir, con su cabeza erguida y sus cejas arqueadas. (Remedando á Yordy.) Señora, este es un asunto muy grave... muy peliagudo.

CAROLINA.

Eso es, eso es; y ahora el polvo de rapé con que termina todos sus períodos. (Remedando á Yordy.) Y ya he dicho al señor Presidente...

EDUARDO.

¡Oh! ¿Qué bien...? si es el mismo modo de tomar el polvo.

CAROLINA.

¿No es verdad?

EDUARDO.

El mismo: vuelva usted, por Dios á empezar, madrina, se lo suplico á usted.

CAROLINA.

No, señor, que no es bien hecho burlarse de un hombre respetable, de talento, que tiene mi confianza. Y en cuanto á lo de la profesión, no cederé á los caprichos de usted, porque tengo carácter y una voluntad firme é inflexible. Si ninguna de las que le he indicado á usted le conviene, tomará usted otra... y sólo porque yo lo quiero.

EDUARDO.

En hora buena, y yo prometo obedecer á usted en todo, seguir en todo sus consejos.

CAROLINA.

Y eso es lo mejor que puedes hacer, porque

mira, á tu edad todavía no se reflexiona, (Distraída va hacia la mesa y toma la raqueta.) y á la mía ya se atiende á la razón: yo te he observado, te conozco, eres un poco tronera.

EDUARDO.

¿Yo, madrina?

CAROLINA.

¡Oh! confiesa que lo eres: tienes un excelente carácter; pero eres todavía muy joven, y no puedes ocuparte dos minutos de una cosa seria. (Hace saltar maquinalmente el volante sobre la raqueta.) el menor juguete te distrae, y... y sin embargo, ya ha llegado el momento de renunciar á toda especie de niñerías. (Eduardo toma una raqueta que está sobre una silla en la izquierda.)

EDUARDO.

Si, madrina.

CAROLINA.

Así lo exijo de tí; porque hay muchos en el mundo que juzgan por las apariencias, y á la menor inconsecuencia de nuestra parte... (Ella le tira el volante y juegan.) No hay, pues, que descuidarse un momento... y estar siempre sobre aviso... No eches el volante con tanta fuerza, Eduardo.

EDUARDO.

Así lo creo de la prudencia de usted. Ahora le dí demasiado flojo.

CAROLINA.

Que tu conducta.... Menos vivo.... me recompense un día.

EDUARDO.

Por complacer á usted haré todo.... ¡Ah!, por poco le doy.

CAROLINA.

Ponte más cerca.

EDUARDO.

Que lo echo: allá va: digo que haré todo por complacer á usted....

CAROLINA.

Y si quieres colmar mis deseos, has de ser prudente, estudioso.... y has de tener mejor tu raqueta.

ESCENA VII

DICHOS Y CHAMPENU

CHAMPENU.

Perdone usted, madrina si.... (Viene por el foro y se detiene en la puerta.)

CAROLINA.

Ya ves que estoy ocupada. (Sigue jugando.)

CHAMPENU.

Si á usted no le importa, á mi tampoco. Es la respuesta que traigo de Mr. Yordy.

CAROLINA.

¡Ah!, dámela pronto (arroja su raqueta: Eduardo hace lo mismo con la suya, coge la escopeta y se pone á hacer ejercicio.)

CHAMPENU.

Yordy ha garrapateado esos renglones muy de prisa y con cierto gestecillo burlón, que nada bueno prometía.

CAROLINA.

(Después de haber leído la carta.) ¡Jesús! ¡No puedo creerlo! ¡Rehusar mi propuesta!

CHAMPENU.

¡Será posible....! ¡Ah, qué hombre tan honrado! (Aparte.) ¿Quién podía esperar esto de un procurador?

CAROLINA.

¡Despreciarla!, ¡y de qué modo!.... tildando su nacimiento, su pobreza.... ¡que indignidad!, como si él tuviera la culpa de....

EDUARDO.

¿Qué hay madrina? (Deja la escopeta y se acerca á Carolina.)

CAROLINA.

¡Pobre muchacho! No tengas cuidado que no te abandonaré... Por más que digan y hagan... no saben los necios que cuanto más me contrarían me empeñan más y más.... ¿Tendré, de

consiguiente, que buscarle yo misma una novia?... Dime, Eduardo, amas por ventura á alguna de las jóvenes que conoces?

EDUARDO.

¿Yo madrina?

CAROLINA.

Sí, porque esto nos ahorraría mucho trabajo... ¿Conque vamos, responde, amas á alguna?

EDUARDO.

¿De amor?

CAROLINA.

Pues.

EDUARDO.

No, no, madrina. (Durante esto, Champenú recoge las raquetas, arregla las sillas y entra al cuarto de la derecha.)

CAROLINA.

Tanto peor.... ¿Y cuya es la culpa? Desde que saliste del colegio, hace tres meses, te he estado preguntando á cada instante en qué empleabas el tiempo.

EDUARDO.

Mi único deseo es el de estar siempre con usted; de no separarme de su lado.... ¿Qué otra cosa puedo yo desear? ¡Estoy así tan bien!

CAROLINA.

¿De veras? ¡Y por qué lo he de extrañar cuando yo...! Sí, no lo dudo.... estoy persuadida de tu amistad, de tu afecto.... y también por mi parte puedes estar seguro...

EDUARDO.

(Tomándole la mano.) ¡Ah! ¡Qué bondadosa es usted!

CAROLINA.

Y pronto, sí, pronto sabrás todos mis proyectos.

EDUARDO.

¿Sus proyectos de usted?

CAROLINA.

Pero cualesquiera que éstos sean, señor mío, espero que inmediatamente concurrirá usted á su logro.

EDUARDO.

Sí, madrina.

CAROLINA.

Porque la primera obligación de usted es de ser sumiso.

EDUARDO.

Sí, madrina.

CAROLINA.

De obedecerme en todo.

EDUARDO.

(Estrechándole la mano contra su corazón.) Sí, madrina.

CAROLINA.

(Impaciente retira la mano y le da con ella en la cara.) ¿Te quieres estar quieto?

EDUARDO.

¡Jesús! ¡Qué felicidad!

CAROLINA.

¿Cuál?

EDUARDO.

¿Madrina, creo que me ha insultado usted?

CAROLINA.

¿Yo?

EDUARDO.

(Se adelanta con los brazos abiertos.) Y según lo que usted misma me ha dicho....

CAROLINA.

(Corre tras la mesa.) ¡Cómo se entiende!, mira que me enfadaré.

EDUARDO.

No importa: el honor antes que todo: requiero una satisfacción. (Siguiéndola.)

CAROLINA.

(Huyendo por el foro.) Tómala si puedes.

EDUARDO.

¡Ah! Qué traición! (Corre tras ella.)

ESCENA VIII

YORDY DEL CUARTO DE LA IZQUIERDA.

YORDY.

(Observando por el foro.) ¿Qué miro? ¡Eduardo corriendo tras de su madrina! ¡Y ya la alcanzó! Toma, y ahora la abraza, sin que ella se irrite del atrevimiento, á lo que parece, porque se ríen á carcajadas.... y siguen torriendo. (Viene á la escena, y después de un momento de reflexión dice.) Hice mal, muy mal en responderla como le respondí. ¡Y el abrazo no fué de ahijado! no por cierto. ¿Si estará Eduardo enamorado, sin saberlo, de su madrina? Mucho me lo temo.... y aunque ella todavía no piense en él quién sabe si dentro de cinco minutos... Con un carácter como el suyo, basta con una idea, con un capricho para.... y vería yo entonces todos mis planes trastornados por un chucuelo, por un colegial! ¡Imposible!.... ¡Maldito joven!, no lo puedo sufrir, le abomino, le detesto, y si le tuviera entre mis manos le.... le.... Pues señor, es menester que sea mi cuñado.... que le dé á Cecilia.... Hele aquí.

ESCENA IX

DICHOS, Y EDUARDO QUE VUELVE POR EL FORO.

EDUARDO.

No pude volver á alcanzarla, se encerró en su cuarto, y.... ¿Pero qué tengo yo ahora? ¿Qué pasa en mí....! Este abrazo....! Y también mi madrina parecía conmovida. ¿Qué significará esto! Lo que sí siento es que quizá ya no querrá insultarme otra vez; pero no háy cuidado, ya buscaré yo pretexto para que disputemos, y para... ¡Holá! ¿usted aquí Sr. Yordy!

YORDY.

Acércate Eduardo, tenemos que hablar los dos de cierto negocio que....

EDUARDO.

¿Pues si viera usted que poco estoy yo ahora para hablar de negocios? así vale más que lo dejemos para después, y....

YORDY.

No es urgente; es de parte de tu madrina.

EDUARDO.

(Con viveza.) ¡De mi madrina! Hable usted pronto.... ¡Y es verdad, ya me acuerdo! que

me dijo que había encargado á usted me explicase sus intenciones.

YORDY.

¿No te ha dicho otra cosa?

EDUARDO.

No, señor.

YORDY.

¡Bueno!—(Aparte) Nada le ha dicho de mi negativa.—(Alto.) Y bien, amigo Lío, tu madrina piensa en darte una carrera.

EDUARDO.

Ya lo sé.

YORDY.

Y también en casarte.

EDUARDO.

¿Qué idea!, á mi edad qué prisa corre; y luego huérfano, Lumilde, y sin bienes de fortuna, ¿quién ha de querer casarse conmigo?

YORDY.

¿Y por qué no?; tú tienes disposiciones para todo.

EDUARDO.

No lo crea usted.

YORDY.

Eres amable, juicioso.

EDUARDO.

Favor que usted me hace.

YORDY.

(Con impaciencia.) Cuando te digo que eres juicioso... si lo sabré mejor que tú... y además, no soy solamente quien lo ha observado, existe otra persona.... que...

EDUARDO.

(Con viveza.) ¡Otra persona!, ¿Y quién? despáchese usted.

YORDY.

¿No lo adivinas? Una señorita á quien acosabas esta mañana en el jardín; mi hermana Cecilia.

EDUARDO.

¡Gran Dios!

YORDY.

Y aun creo,—(Aparte) porque parece que este es su sistema con todas;— y aun creo que le diste un abrazo.

EDUARDO.

¡Cómo!, sabría usted.....

YORDY.

Y tu madrina también lo sabe.

EDUARDO

¡Infeliz de mí!

YORDY.

No tengas cuidado, que no se ha enfadado por eso, antes al contrario, porque hace tiempo que intenta casarte, y aquí tengo una carta que me escribió esta mañana sobre el asunto.... (Le entrega una carta: Eduardo la lee y se la vuelve.) Por ella verás que tu madrina desea.... ó por mejor decir, exige que se haga este casamiento inmediatamente. Lo juzga de la mayor importancia, y en fin, lo quiere, como todo lo que quiere.

EDUARDO.

¿Pero por qué lo quiere?

YORDY.

Lo ignoro: sospecho, sin embargo, que tiene algún plan con respecto á ella misma: algún proyecto de casamiento, y que trata antes de ocuparse del tuyo, y de asegurar tu felicidad. Yo desde luego no puedo oponerme á ello, soy demasiado sumiso á su voluntad, y como te tengo por otra parte tanto cariño.... En cuanto á ti, digo lo mismo, le debes demasiada deferencia, respeto y reconocimiento para.... en fin, tu propio corazón te dirá sobre esto más de lo que yo podría decirte; ¿no es verdad....? Conque voy á dar cuenta á la señora de Neris de mi diligencia en ejecutar sus órdenes, y de la sumisión con que las has recibido. (Vase.)

EDUARDO.

¿Qué harías?

CHAMPENU.

Me burlaría de toda esa gente: no haría más que mi voluntad, y sobre todo, permanecería toda mi vida soltero: porque, mire usted, señor Eduardo, nosotros los aldeanos no tenemos gran cacumen, ni somos como los letrados, que dicen ahora blanco, y luego negro; pero tenemos una dosis de sana razón que hace vayamos siempre al grano. De ahí que yo vea claramente que usted no ama á la que le destinan.

EDUARDO.

Es verdad.

CHAMPENU.

Porque yo ya he pasado por ahí, y estoy seguro, además, de que usted no ama á nadie, por que nunca he notado que padezca usted palpitaciones, ni sofocaciones, ni comezones, ni ciertas punzadas en el corazón que se asemejan á pinchazos de alfiler de á tlaco.

EDUARDO.

(Poniéndose la mano en el corazón.) ¡Ah! ¡Dios mío!

CHAMPENU.

Cuando uno está enamorado, tiene uno ganas de camorra con todo el mundo.

EDUARDO.

Ya lo creo.... capaz es uno de reñir hasta con su madrina....

CHAMPENU.

Y no se hace otra cosa en todo el día que renegar, y jurar, y beber agua, y....

EDUARDO.

Es que todo eso me pasa á mi, y tengo una sed rabiosa. (Acabando de beber un vaso de agua.)

CHAMPENU.

¿Será posible?

EDUARDO.

Sí, y bien sabe Dios que no podía explicarme á mí mismo la causa de mis tormentos, ó por mejor decir, no me atrevía á confesármela; pero tú me acabas de obligar á que lea en mi corazón.... por lo tanto ya no debo desconocer ni dejarte de contestar que existe realmente una persona que amo.... que idolatro con frenesí.

CHAMPENU.

Estoy perdido, arruinado. ¿Y dice usted que yo soy quien le ha obligado á leer en....

EDUARDO.

Sí.

CHAMPENU.

(Aparte.) Maldito sea mi abecedario.

Por otra parte, este enlace ha sido siempre el que yo deseaba que se verificase.... Usted lo sabe.... Lo que sí me admira es, por qué no me habló Eduardo esta mañana de esa gran pasión, y por qué es usted á quien ha honrado ahora con su confianza. (Mirando á Eduardo.) ¡Ah! ¡allí está! Acérquese usted, señor mío. ¿Desde cuándo evita usted mi presencia? ¿Desde cuándo me huye usted?

EDUARDO.

Por Dios, madrina, no se enfade usted, no se encolerice contra mí....

CAROLINA.

¡Encolerizarme yo! ¿Y en qué lo conoce usted? Porque me ocupo de usted, de su porvenir.... porque quiero tratar de asuntos serios y hacer que usted escuche la razón, ¿por eso me enfado, y me encolerizo, no es verdad? ¡Qué modo de hablar! ¡Qué expresiones! ¿Quién se las ha enseñado á usted? Champenu, sin duda; yo se lo perdonaría á usted si fuese tan rudo como él, tan sin educación.

CHAMPENU.

¿Cómo es eso, madrina?

CAROLINA.

Cállate. ¡Pero usted, Eduardo! ¡usted!

EDUARDO.

¡Ah! señora, perdone usted sí....

CAROLINA.

No quiero que usted se disculpe ahora, sino que sea franco. Esta mañana, aquí mismo pregunté á usted si amaba á alguna persona.

EDUARDO.

¿Puede usted dudarle? Usted que es mi bienhechora, mi....

CAROLINA.

No es eso: lo que yo pregunté á usted esta mañana y le pregunto ahora, es si usted ama á alguna persona; pero.... amar, pues, como se ama cuando está uno muy enamorado; en fin, ya me entiende usted.

EDUARDO.

¡Cielos....! En verdad, madrina.... Yo no puedo.... No sé.... Jamás me atreveré....

CHAMPENU.

(Poniéndose entre Eduardo y Carolina.) De contado que jamás se atreverá; pero yo sí me atrevo, y le aseguro á usted, madrina, que ahí donde usted le ve, está perdido de amores, rematado, furioso.... (Eduardo trata de impedirle que hable.)

CAROLINA.

¡Qué sabes tú!, ¿ni quién habla contigo?

CHAMPENU.

El es quien me lo ha dicho no hace un Credo.

ESCENA XIII

CAROLINA SOLA.

Gracias al cielo que se fueron: no parece sino que todos se entienden hoy para contrariarme. ¿Para contrariarme? ¿Pues no me obedecen todos? ¿No hacen todos cuanto quiero? ¡Y bien! Eso es cabalmente lo que me desespera. Tengo visos de mandar, de imponer leyes, y no me obedecen sino en aquello que no quisiera. ¿Por qué han de ser de mi opinión, cuando yo misma no lo soy....? ¿Pero qué otro partido me quedaba? Ninguno.... Entonces.... que se amen en hora buena, que se casen, que se vayan.... tanto mejor.... corazones fríos é indiferentes, en cualquiera parte se encuentran, y de cualquier modo se reemplazan. ¡Ay!, y luego dirán que hay quienes saben lo que es querer bien. Embusteros! No, no los hay, ni siquiera quienes sepan agradecer. ¡Ay!, me falta poco para llorar de pena y de despecho.... (Enjugándose los ojos, en voz alta y sin volverse.) ¿Quién viene ahora? Que digan á todo el mundo que no estoy en casa.

ESCENA XIV

DICHA, Y CECILIA.

CECILIA.

Perdone usted, señora, si.... ¿Estaría usted acaso indispuesta?

CAROLINA.

Y aun cuando así fuera, ¿qué tendría de extraño? ¿No puede una estar mala ó tener mal humor? ¡Qué tiranía! No la dejan á una siquiera un momento suyo para tener mal humor. ¿Pero vaya, qué quiere usted? ¿A quién busca? ¿Al señor Eduardo? No está aquí.

CECILIA.

¡Ah!, señora, cómo me recibe usted....! Usted que es siempre tan buena, tan indulgente! Paciencia, me habré equivocado creyendo que me podría dirigir á usted.

CAROLINA.

No comprendo la razón de ese abatimiento. ¿En dónde está la desgracia? ¿Qué más quiere usted? No aprueban todos su boda con Eduardo? ¿No se casa usted con quien ama?

CECILIA.

¿Y si yo no le amara?

ESCENA XV.

DICHAS Y CHAMPENU.

(Con semblante de asustado.) ¡Ay madrina! ¡Ay señorita! Esta vez no tengo yo la culpa, él lo ha hecho por sí y sin que yo le dijera nada.

CAROLINA.

¿Pues qué ha ocurrido?

CHAMPENU.

Que se ha ido, y para no volver jamás, á lo que él mismo me acaba de decir.

CAROLINA.

¿Pero quién se ha ido?

CHAMPENU.

Toma, el otro ahijado, el Sr. Eduardo.

CAROLINA.

¡Dios mío!

CHAMPENU.

Iba yo al correo, como usted me mandó, cuando de repente oigo el galope de un caballo, vuelvo la cabeza, y lo veo pálido y desfigurado...— ¿A dónde vas?—le dije:— ¡Qué sé yo!—me respondió,—pero adiós, Champenu, adiós para siempre: desdeñado, aborrecido de todos, ¿qué haría yo aquí ya? Ni aun siquiera puedo amar á la que adoro.

CECILIA.

Cielos!

CAROLINA.

Y usted me hablaba de su indiferencia, cuando ha perdido la cabeza por usted, cuando la pasión es un delirio? ¡Válgame Dios! ¿Y qué haré ahora? ¿Qué será de él?

CECILIA.

¡Ah, señora, no me abandone usted!

CAROLINA.

¿Quién, yo? ¡Oh, no, no tenga usted cuidado; eso es otra cosa, se casará usted con su Leonardo, se lo prometí á usted así, y se lo cumpliré; de lo contrario habría dos desgraciados más.

CECILIA.

¿Querrá acaso mi hermano?

CAROLINA.

Le hablaré, lo zanjaré todo, prestaré á Leonardo cuanto dinero necesite.

CECILIA.

¿Cómo!, señora, tanta bondad, tanta generosidad!

CHAMPENU.

¡Ah! madrina, eso es muy digno de usted... y mientras que usted no haga otra especie de camamientos....

CAROLINA.

¡Qué!

CHAMPENU.

Puede usted estar segura de mi aprobación.

CAROLINA.

¡Qué necio! Lo que importa ahora es que corras tras de Eduardo, que lo alcances, ó que sepas á lo menos hacia dónde ha ido.

CHAMPENU.

Suponga, madrina, que ya no piensa usted en más bodorrios, eh?

CAROLINA.

Ni pienso en eso, ni él tampoco. Anda.

CHAMPENU.

(Reflexionando.) Ello no hay duda que casada esta niña con el otro, ya no se puede casar con Eduardo, porque no se puede una casar con dos, y... Corro tras él, madrina. (Vase.)

CECILIA.

Y yo á decir á mi hermano, que gracias á usted, señora, me caso con mi Leonardo. (Vase.)

ESCENA XVI

CAROLINA Y A POCO EDUARDO.

CAROLINA.

¡Desgraciado joven! ¡Qué cabeza! ¡Qué locura...! ¿Por qué no había de tener más confianza en mí? ¡Ah!, ¡si yo no temiese por él!; si estuviese menos inquieta, qué cólera tendría. ¡Jesús! ¿No es Eduardo? (Ve á Eduardo: luego que éste entra, corre á cerrar las puertas y guarda las llaves.) Que se vuelva á escapar ahora. ¡Hola! ¿ya está usted aquí caballerito? ¿Y qué le trae á usted de nuevo; se puede saber? ¿Cómo se atreve usted á ponerse delante de mí? No, pues no crea usted que me aplacará con la facilidad que lo ha hecho otras veces. Ahora puedo enfadarme á mi antojo. (Mirando las llaves que tiene en su mano.)

EDUARDO.

Estaba yo ya muy lejos de aquí cuando la última mirada que eché sobre esta quinta me recordó todos los favores que he recibido en ella. Sí, señora; toda mi vida me hubiera arrepentido y me hubiera echado en cara de haberme ido sin despedirme de usted, sin haberla visto siquiera otra vez... Por eso he vuelto á carrera para confesar á usted todas mis faltas... para darla un eterno adiós.